

CRIMENES DE GUERRA EN VIETNAM

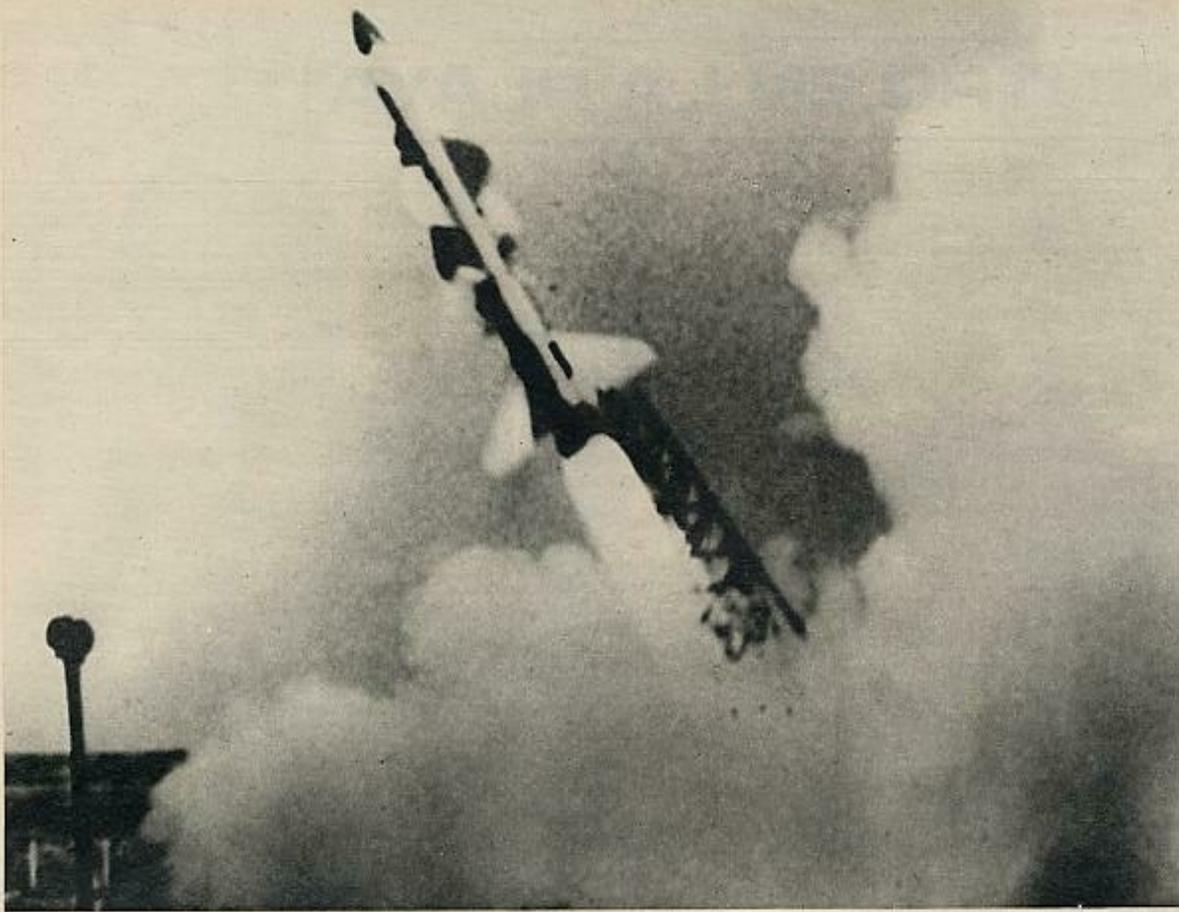
LOS Estados Unidos dieron al mundo un nuevo concepto jurídico, el de «criminales de guerra». La justicia británica revistió este concepto con su gran aparato legal, y los aliados francés y soviético lo suscribieron en una conferencia que se reunió en Londres en agosto de 1945. Fue tal vez la primera conferencia en la que los vencedores de la guerra encontraron menos problemas para llegar a un acuerdo mutuo. Se trataba de castigar a los vencidos, de responsabilizarlos de su agresión y de los millones de vidas humanas derrochadas. El mundo acababa de conocer con estupor la existencia de los campos de exterminio, se familiarizaba con la palabra «genocidio»; comprendía cuánta miseria, cuánta sangre, cuánto horror existía bajo el oropel nazi. Los criminales juzgados en la ciudad de Nuremberg fueron acusados de dos clases de crímenes: la violación de las leyes de guerra —establecidas en la convención de Ginebra de 1864— y los «crímenes contra la paz», como lanzar una guerra de agresión. Más tarde se añadió un nuevo tipo de delito: el «crimen contra la humanidad»: asesinatos, esclavitud, deportaciones y otros actos inhumanos contra las poblaciones civiles. A muchas personas les cupo entonces la duda de si estos mismos delitos no podían haber sido atribuidos a los vencedores en caso de haber resultado éstos vencidos. Otros presentaron un escrúpulo jurídico: el de si podía juzgarse a nadie por delitos que no lo eran —que no estaban definidos por las leyes— en el momento de ser cometidos. Estas objeciones fueron débiles e inútiles. En general, todo el mundo comprendió la necesidad del castigo, a excepción de los participantes en la aventura nazi y quienes a pesar de todo guardaban una simpatía por ellos. 8.000 personas fueron juzgadas entonces —los juicios continúan porque se ha decidido también que para esa clase de delitos no actúa la prescripción a los veinte años— y de ellas fueron ejecutadas unas 2.000. Algunos están todavía en prisión. Muchos que consiguieron escapar u ocultarse en los primeros momentos pasaron sin castigo. La U. R. S. S. y la Alemania del Este acusan continuamente a la Alemania Federal de haber concedido puestos importantes, incluso ministeriales, a antiguos criminales de guerra. El propio Presidente federal, Lübcke, aparece en la lista de los perseguidos porque durante la época de Hitler dibujó los planos —era arquitecto— de campos de concentración. En realidad todos los alemanes —salvo los que emigraron o participaron en la lucha clandestina— tuvieron de una forma o de otra participación en la aventura nazi. Era el Gobierno más totalitario que se haya conocido nunca, con la mejor técnica para la anulación de la personalidad, y no permitía la escapatoria de nadie. «El que no está conmigo está contra mí», era su consigna. Y estar contra él significaba la muerte, la cárcel, la ruina. Pero los acuerdos de Londres de 1945 para la persecución de crímenes de guerra no permitían entonces que nadie escapase alegando coacción o fuerza superior. Todo estaba previsto en el enorme aparato jurídico, y una de las cosas que estaba prevista era ésta. El artículo ocho de la Declaración de Nuremberg estipulaba que el hecho de que el acusado «hubiera actuado cumpliendo órdenes de su Gobierno o de un superior no le exime de responsabilidad, aunque puede ser considerado como una atenuante en el castigo si el Tribunal determina que la justicia lo requiere así».

El artículo ocho de la Declaración de Nuremberg es el que emplea el Vietnam del Norte para acusar a los aviadores norteamericanos que han sido hechos prisioneros al ser derribados sus aparatos cuando bombardeaban Vietnam del Norte. Oficialmente, los Estados Unidos no están en guerra contra Vietnam del Norte, ni contra nadie. No hay una declaración de guerra for-

mal. La posición jurídica de los Estados Unidos, definida por ellos mismos, es ésta: un pacto de defensa les une al Gobierno de Vietnam del Sur. Este Gobierno es víctima de una agresión y esa agresión —dicen— procede de Vietnam del Norte. Oficialmente los Estados Unidos no pueden reconocer que la lucha en el Vietnam consiste en una guerra civil, iniciada por unos guerrilleros que no están de acuerdo con un Gobierno que no los deja otra manera de expresión —puesto que no aceptó celebrar elecciones en 1956, como lo determinaban los acuerdos que pusieron fin a la guerra con Francia—, ya que si aceptasen esta versión su débil armazón jurídico perdería toda su consistencia. Tiene, pues, que insistir en la «agresión venida del exterior», en este caso del Vietnam del Norte. Tienen que ayudar al Vietnam del Sur a vencer esa agresión —por eso en un principio los militares americanos en Vietnam eran considerados como «consejeros», puesto que los únicos combatientes debían ser los propios vietnamitas—; en los últimos tiempos han encontrado que para repeler esa agresión una fórmula era la de atacar —por el aire— las instalaciones del país considerado como agresor, y así lo han hecho. El problema jurídico que se plantea es el de si pueden bombardear las poblaciones —y no es posible, por mucha precisión de tiro, respetar a los habitantes civiles— de un país con el que no están en guerra, con el que ni siquiera está en guerra —porque no ha habido declaración— el país al que se supone que están defendiendo. La mayor parte de los vietnamitas no admiten siquiera que se trate de dos países diferentes, puesto que sólo consideran como provisional la partición en Norte y Sur establecida en la conferencia de Ginebra de 1954, y en una parte y otra de la frontera se llama «Día de la Vergüenza» al aniversario de aquel en que se decidió la partición. Esta exposición somera, somerísima, de la situación actual puede hacer comprender qué maraña jurídica es preciso desentrañar para saber si los pilotos americanos son o no son piratas del aire, si están eximidos de su responsabilidad por el hecho de ser militares regulares, si se les puede tratar con arreglo a las normas de la Cruz Roja. Desde por lo menos el siglo XVI —cuando Grotius escribió su tratado de derecho de guerra y de paz, en 1625— hasta nuestros días se trata siempre de limitar el alcance de las guerras, de preservar el mayor número de inocentes, de que los combatientes se comporten dentro de unas normas, de que los vencidos sean tratados con caballerosidad. Cada nueva guerra que se presenta, declarada o no, oficial o ilegal, profesional o de aficionados, vuelve atrás todo lo escrito, borra todos los acuerdos y regresa a la brutalidad, a la violencia, al respeto de todas las normas, a la crueldad. La guerra es un crimen en sí misma. La guerra del Vietnam es una guerra especialmente criminal.

A cuestión, creo yo, está menos en saber si Hanoi tiene o no derecho de juzgar a quienes la han bombardeado, si los pilotos americanos son criminales de guerra o no, que en determinar cuáles son las consecuencias políticas y militares de todo ello. El engranaje de la guerra está en marcha y sigue su progresión. Cada acción de la «escalada» tiene su respuesta. El bombardeo de Hanoi y de Haifong ha tenido la respuesta de la movilización general en el Vietnam del Norte; el efecto psicológico de esos bombardeos tiene la respuesta psicológica del recuerdo a la Declaración de Nuremberg para acusar de criminales de guerra a los autores materiales de esos bombardeos. Lo cual, a su vez, tendrá una nueva respuesta americana... Esa, por lo menos, ha sido la amenaza del Presidente Johnson.

Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**



El crecido número de aviones derribados en Vietnam del Norte se debe a las rampas de lanzamiento de cohetes tierra-aire que los soviéticos han instalado, a petición del Gobierno de Hanoi, en los alrededores de las grandes capitales. En la fotografía se ve el momento del despegue de uno de estos proyectiles teledirigido hacia su objetivo.

En Washington se dice que el juicio de los aviadores va a tener dos repercusiones inmediatas en la opinión pública. Una de ellas será que la opinión cesará en el acto de estar dividida, se apretará en torno al Presidente y cesará de protestar— en gran parte—, de criticar la intervención americana en el Vietnam. La otra corriente—simultánea— tenderá a presionar a Johnson para que encuentre un medio para detener la guerra. Al margen de estas corrientes de opinión caben pocas dudas de que si sus pilotos son condenados, sobre todo si son ejecutados, Johnson ordenará una represalia en forma de bombardeo masivo. La escalada —y esto es importante— ha dejado ya de ser un movimiento estratégico calculado de progresión para convertirse en un movimiento pasional y desordenado. Puede llegar muy lejos. Se trata ahora de la furia y de la venganza: cualquier ser humano sabe que no tienen límites. «Las últimas armas del terror están en manos de los Estados Unidos y nadie que conozca este país y el carácter del Presidente puede estar seguro de que no sean utilizadas si la escalada del terror continúa», escribe Walter Lippman («Herald Tribune», Nueva York, 20 de julio). Con lo cual, según el mismo tratadista de política internacional, nos acercamos al «point of no return», al punto del que no hay regreso posible, en el que la guerra «resulta incapaz de terminar por una solución racional, se convierte en una guerra de matanzas sin fin, en una guerra suicida de exterminación». Puede ser que se refiriera a ello Goldberg, representante de los Estados Unidos en la ONU, cuando decía que la ejecución de los prisioneros americanos traería «consecuencias desastrosas» (al entregar el 18 de julio una nota sobre los prisioneros de guerra a la Cruz Roja Internacional). Hay otra realidad a la que Walter Lippman no da toda su importancia, y es que las «últimas armas del terror» no son sólo privativas de los Estados Unidos. Y una más: que en la guerra de hoy no hay ninguna «baza mayor», como se ha demostrado en las guerras de descolonización —guerrilleros contra ejércitos modernos— y muy especialmente en esta lucha de los casi inermes guerrilleros vietnamitas contra el material moderno de los Estados Unidos.

UNA conciencia civilizada, una conciencia pacífica, no teñida por la pasión, debe condenar como criminales los bombardeos del Vietnam del Norte y de sus poblaciones civiles —y las torturas a los guerrilleros, y el hambre y la miseria de los niños del Vietnam del Sur—; puede condenar, también, que los prisioneros americanos sean considerados como criminales de

guerra y ejecutados por ello, a pesar de la jurisprudencia sentada por el artículo ocho de la Declaración de Nuremberg. Se sabe, y hay escasas dudas de ello, que al juzgar a los aviadores como piratas, Ho Chi Minh hace de ellos un símbolo: a quien acusa en realidad es a McNamara y a Johnson. Esta posición es precisamente una de las que están condenadas por toda la filosofía del derecho internacional, como en el caso de los rehenes: castigar en unas personas las culpas de otras, o coaccionar con estas personas a quienes son, en última razón, los responsables de sus actos. Me inclino a creer que Ho Chi Minh no va a ejecutar a los aviadores prisioneros. En su declaración hecha el 19 de julio por la radio de Hanoi —como réplica al mensaje que había recibido del socialista americano Norman Thomas—, Ho Chi Minh anunció que los pilotos serían tratados «de una manera humana». Se puede entender con ello que serán sentenciados por los tribunales como criminales de guerra, pero que serán graiciados —y hasta tal vez devueltos a su país— sin que haya ninguna ejecución. Sería una medida interesante que permitiera a Hanoi mantener su posición jurídica de que los ataques contra el Norte son ilícitos, y al mismo tiempo no provocar la serie de desgracias en cadena que traería la ejecución.

SIN embargo, hay dos objeciones principales a esta posibilidad. Una de ellas es que la opinión pública en Vietnam del Norte, y en China, está enfurecida por los bombardeos y reclama un castigo duro, sean cuales sean las consecuencias de este castigo en un plano general. Otra, y muy importante, que no hay ninguna seguridad de que Vietnam del Norte y China no deseen que se produzcan esas consecuencias catastróficas. La posición teórica china —mantenida actualmente a costa de numerosas depuraciones de intelectuales, y a costa de la amistad con la U. R. S. S.— es la de que los Estados Unidos no pueden ganar la guerra y que cuanto más se comprometan en ella más próximos estarán a la derrota y al colapso interior. La acción americana en Vietnam les va dando la razón: cuanto más avanza la escalada, peor es la situación interior de los Estados Unidos —política y económica— y mayor es su aislamiento internacional; y, al mismo tiempo, están tan lejos de una imaginaria victoria final como al principio. Puede ocurrir que en los cálculos asiáticos entre el forzar a Estados Unidos a aumentar su intervención en la «guerra podrida». Si es así, no habrá piedad ni humanitarismo para con los prisioneros.